

# EL ESPACIO PÚBLICO EN MADRID: USOS DE SIEMPRE Y USOS IMPORTADOS... ¿DISFRUTE PARA TODOS?

Por: Waltraud Müllauer-Seichter

Doctora por la Universidad de Viena en Antropología Social y Cultural. Participación en proyectos nacionales e internacionales de investigación, con trabajo de campo sobre espacios públicos en Austria, Alemania, España y Perú. Profesora en la UNED. Este texto se realiza dentro del proyecto HUM2006-03511/FILO – "Estrategias de integración social y prevención de racismo en las escuelas".

## CONTEXTO ACTUAL

El espacio, también el espacio público de la ciudad, afecta a varias categorías del pensamiento como son el tiempo, la identidad y la situación concreta y, por lo tanto, tiene que ocupar un papel importante en la producción simbólica. Las formas que las personas imponen a su entorno se pueden interpretar como una representación de su orientación sociopolítica. Desde un contexto más amplio, se podría decir que la forma de entender la vida social de una época concreta, representada por determinados grupos de líderes institucionalizados, se plasma como su particular visión del mundo, en los conjuntos específicos del paisaje público. Cuando hablamos de la percepción colectiva o la memoria colectiva en relación con un tema tan concreto como puede ser la ciudad, es necesario tener presente que, en general, la característica del conocimiento que se comparte se presenta como muy imprecisa. Depende de la oportunidad de adquirir conocimientos que pueden surgir de la educación, de las prácticas cotidianas, de la ideología o de la formación profesional.



Foto: W. Müllauer-Seichter

Madrid es una de las capitales más grandes de la Unión Europea. Como otras, tiene muchas caras: la majestuosa de los tiempos del Imperio, representada por el Palacio Real, el Prado o el Retiro; otra, la del poder, que podemos ver en la Castellana; y además está la castiza, en los barrios de Lavapiés o Malasaña. Así se podrían seguir nombrando imágenes diversas que nos regala esta ciudad. Se nace y se muere en las grandes urbes,

unas más famosas que otras, pero lo que se pretende tratar en este texto es cómo las personas viven este espacio compartido, quiénes somos los que vivimos en esta ciudad. Madrid ha cambiado a lo largo de su historia, tanto en su dimensión espacial, como en su composición demográfica. Las experiencias de las grandes y masivas oleadas migratorias de los años cincuenta y sesenta, desde otras provincias españolas de carácter rural, exigieron soluciones diferentes a las que se presentan ante el nuevo reto que plantea la llegada de inmigrantes del extranjero a la urbe desde los noventa del siglo pasado hasta el presente.

## ESPACIO PÚBLICO: ACCESO LIBRE Y SIN CONSUMIR

En general, la forma más habitual que han adoptado los parques históricos de la ciudad se ciñe a un punto de vista estético, y aparentemente estático, olvidando que estos espacios verdes de uso público están intensamente sometidos a las dinámicas socioculturales. Las funciones tradicionales del "verde social" urbano ya no pueden abarcar las necesidades de la sociedad actual en la totalidad de sus facetas y tendrán que asumir una serie de nuevos aspectos para ajustarse a las exigencias actuales, producto del cambio social que estamos viviendo en las últimas décadas.

En busca de la satisfacción de las demandas que nos deben aportar estos espacios, comparto la argumentación de Jane Jacobs (1973), quien afirma que la receta para que la gente acuda y viva en ellos, es llenarlos de una gran diversidad de funciones, repartidas a todas las horas del día. Esta dinámica, que se muestra a través de una afluencia casi permanente, puede lograr que el peligro y el miedo, percepciones, por cierto, muy individuales, no se apoderen de determinados sitios públicos. En la práctica, no es tarea fácil de conseguir, y muchas veces ocurre que un equipamiento funcional excesivo conduce a la saturación y, por lo tanto, rompe el equilibrio del espacio verde.

El reparto de los "nuevos ciudadanos" que alberga la ciudad de Madrid en la actualidad supone un incremento de la riqueza y variedad del paisaje urbano; esto se hace patente por la apertura de nuevos tipos de tiendas que suministran productos

anteriormente no habituales en España; en el cambio del paisaje sonoro que ha incorporado un sinfín de nuevos idiomas; en el paisaje culinario donde alternamos cada vez más la comida india, colombiana o turca, con la gallega. Y cómo no, también los parques y plazas de la urbe son testigos de los cambios que estamos experimentando; hay nuevos usos y nuevas formas de disfrutar del aire libre, del ocio o del tiempo no ocupado.

En la actualidad, podemos ver que estos lugares son, más bien, un escenario de tensión entre autóctonos e inmigrantes, subculturas "invisibles" (parados, gente que carece de permiso de residencia, jubilados) y "mundos clandestinos" (droga, prostitución, gente sin techo) que nos muestran, al igual que en otros ámbitos de la vida social, que hacen falta nuevos planteamientos de uso para aquellos espacios verdes.

En este contexto hay que considerar al "verde social" también como un espacio terapéutico, quizá como "colchón de choque" para afrontar los recientes retos que se presentan a la sociedad moderna como consecuencia de la globalización. En una época donde el terreno libre o, por decirlo de otra manera, sin edificar, es cada vez más escaso en el ámbito urbano, sirve además de plataforma para reivindicar un uso exclusivamente público y gratuito.

#### LAVAPIÉS: SÓLO UN EJEMPLO ENTRE MUCHOS...

En los barrios del centro antiguo de la capital se ha producido en los últimos años un incremento de la actividad de reforma y adaptación de viviendas y edificios que se encontraban en estado lamentable. Uno de estos barrios, perteneciente al distrito Centro, es Lavapiés, que luce —en comparación con cinco o seis años atrás— una nueva apariencia y ha cobrado fama de ser uno de los lugares más bohemios e interculturales de la ciudad. Paseando por las calles estrechas, uno puede fácilmente traspasar la barrera idiomática de cinco o seis lenguas diferentes en apenas el transcurso de 500 metros.

Lavapiés, al igual que otros barrios castizos de Madrid, ha cambiado mucho, pero la realidad del día a día muestra que quedan tareas pendientes. Los que viven y frecuentan el barrio son conscientes de que existe un alto porcentaje de infravivienda, sobre todo habitada por inmigrantes, ciudadanos con pocos ingresos o situaciones familiares complicadas. No es lo mismo "visitar" Lavapiés para "tapear" o tomar copas en las noches veraniegas, disfrutando de la gran oferta de teatros independientes, que convivir y compartir el espacio común que ofrece a sus vecinos, que son muchos y diversos.

Las experiencias en otras ciudades europeas en la recuperación del centro histórico han mostrado que no es suficiente invertir el dinero público sólo en sanear las infraestructuras inmobiliarias, sino también en armonizar el entorno, incluyendo aquí las plazas y espacios verdes, con la situación social y económica de sus vecinos. Para resolver este reto por parte de la Administración, como reflejan muchos informes, por ejemplo los procedentes del ámbito germánico, una de las iniciativas más importantes es la incorporación de la opinión de los ciudadanos que

frecuentan y usan estos espacios, lo que se traduce en una invitación participativa a los adultos, jóvenes y niños de la zona en cuestión. Desde las experiencias en varios distritos de Viena (Austria) que cuentan con un alto porcentaje de inmigración durante las últimas décadas, destaca la intención de conciliar varios aspectos importantes: además de los problemas de seguridad y estética del lugar, hay que tener en cuenta que las pequeñas plazuelas y parques acumularon "historia" en el transcurso de la evolución del barrio y forman parte de la memoria colectiva de los de "siempre".

Para intentar que la llegada de los nuevos ciudadanos cause la menor repercusión negativa posible y evitar el rechazo de los vecinos autóctonos, habrá que coordinar esta "memoria" con la necesidad de nuevos usos, donde el espacio físico lo permita. Una solución muy acertada en este sentido se puede observar en el Parque de Atenas, donde "conviven" la comodidad de una terraza moderna en el centro del parque, apartado del ruido y los gases residuales de los coches, con segmentos de juego ecológico para los niños, y la apuesta por una clase de césped más resistente que soporta los *picnics* improvisados de familias autóctonas y turistas, que disfrutaban allí de una parada tranquila entre las visitas de los edificios emblemáticos del centro antiguo. El saber combinar los usos de "siempre" con los que ayudan a participar y a gozar del espacio común a las personas de ingresos más precarios contribuye a aliviar, en muchos casos, la complicada situación de los recién llegados a su nuevo hábitat geográfico y cultural. Somos conscientes de que el trabajo participativo es costoso en cuanto a organización y tiempo. El diálogo entre profesionales (arquitectos, urbanistas y antropólogos) con una ciudadanía responsable constituye una práctica que todavía carece de rodaje.

#### CONCLUSIÓN: EL RETO PENDIENTE

Desde el punto de vista de la investigación antropológica que se está llevando a cabo durante los últimos años en Madrid, se considera que la faceta más preocupante en la reforma del espacio público ciudadano es la expansión de "privatización" que se puede apreciar en el crecimiento llamativo de terrazas en las plazas más emblemáticas de la urbe, lo que, además de mermar el espacio de disfrute gratuito, crea barreras físicas y modifica o dirige nuestros itinerarios. Despejar o reducir el mobiliario urbano a un mínimo se traduce, a la hora de parar y descansar en las calles o plazas, en consumo, quedando de este modo excluidos un gran número de habitantes con ingresos precarios, hecho que nos remite a una sociedad de "clases" que creíamos haber superado. Los retos del nuevo diseño de las plazas y parques de Madrid deberían reflejar, junto con la estética y la modernidad, también las necesidades concebidas desde un enfoque de género, de edad, socioeconómico y desde la interculturalidad, para formar entre todos la nueva imagen de la urbe.

Defender cada metro de estos espacios que todos los días deben dar cabida a un mayor número de personas, puede convertirse en una compensación justa para los que contribuyen con sus distintas costumbres, ideas y lenguas a pintar con "nuevos aires" el Madrid moderno y el de siempre. ■